

CAPITULO VII

Toma de la Bastilla, 14 de Julio de 1789

Dificultades de la toma de la Bastilla.—La idea del ataque pertenece al pueblo —Odio del pueblo á la Bastilla.—Alegria del mundo al saber la toma de la Bastilla.—El pueblo se apodera de fusiles en los Inválidos.—La Bastilla se defiende.—Thuriot emplaza á la Bastilla.—Los electores envían allí inútilmente muchas comisiones.—Último ataque; Elie, Hullin.—Peligro de retardar la toma.—El pueblo se cree traicionado, amenaza al preboste y á los electores.—Los vencedores del Hotel de Ville.—Cómo se entrega la Bastilla.—Muerte del gobernador.—Prisioneros condenados á muerte.—Prisioneros indultados.—Clemencia del pueblo.

Versalles, con un gobierno organizado, un rey, ministros, un general, un ejército no era más que vacilaciones, duda, incertidumbre, vi- viendo en la más completa anarquía moral.

París, alborotado, desprovisto de toda autoridad legal, en un des- órden aparente, demuestra y posee el 14 de Julio lo que moralmente constituye el orden más profundo; la unanimidad de los espíritus.

El 13 de Julio París sólo pensaba en defenderse. El 14 ataca.

El 13 por la noche había aún algunas dudas. Desaparecieron á la mañana siguiente. La noche estaba llena de furor desordenado, de tu- multo. La mañana fué luminosa y de una serenidad terrible.

Una idea se alzó sobre París con el día y todos vieron la misma luz. Una luz en todos los espíritus, y en cada corazón una voz que decía: «¡Vé y tomarás la Bastilla!»

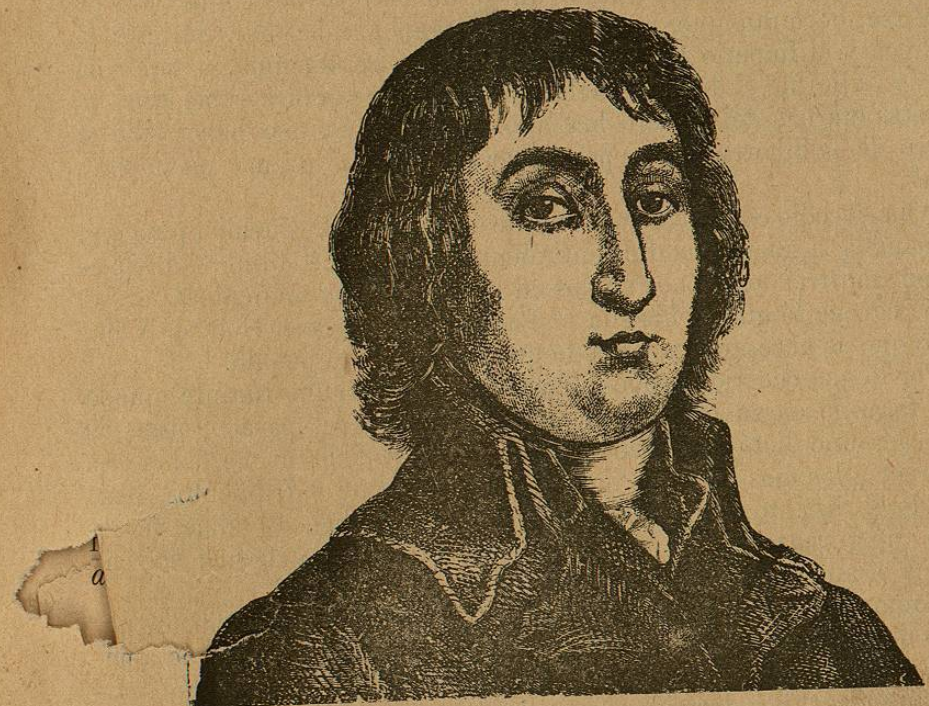
Esto era imposible, insensato, y hasta decirlo parecía locura... Y, sin embargo, todos lo creyeron fácil, hacedero. Y se hizo.

La Bastilla, á pesar de ser una vieja fortaleza, era inexpugnable, á menos de disponer de muchos días y muchos cañones. En aquella crisis el pueblo no tenía ni tiempo que perder ni medios de hacer un sitio en regla. Aun así la Bastilla nada hubiera temido, teniendo víveres bastan- tes para esperar un socorro seguro y cercano y contando como contaba con inmensa cantidad de municiones de guerra. Sus muros, de diez pies de espesor en las torres y de treinta á cuarenta en la base, podían reirse mucho tiempo de las balas. Sus baterías, en cambio, cuyos fuegos do-

minaban la ciudad, hubieran podido arrasar todo el Marais, todo el ba- rrio de San Antonio. Sus torres, llenas de estrechas ventanas y aspille- ras con dobles y triples rejas, permitían á la guarnición hacer impune- mente una horrenda carnicería en los asaltantes.

El ataque á la Bastilla no era sensato. Fué un acto de fe.

Nadie lo propuso. Pero todos lo pensaron y todos lo pusieron en



THURIOT

práctica. En las calles, en los arrabales, en los puentes, en los boulevards la multitud gritaba á la multitud: ¡A la Bastilla!, ¡á la Bastilla!... Y en el somatén que sonaba todos creían oír: ¡A la Bastilla! Nadie, lo repito, inició el movimiento ni le dió impulso. Los parlanchines del Pa- lais-Royal pasaron el tiempo redactando una lista de proscriptos; juz- gando á la reina, á la Polignac, á Artois, y al preboste Fleselles y á otros condenándolos á muerte... Pero entre los nombres de los vencedo- res de la Bastilla no figura ninguno de aquellos que presentaron propo- siciones y mociones en el Palais-Royal. No fué el Palais Royal el punto de partida y no fué el Palais-Royal donde los vencedores llevaron los despojos de los prisioneros.

Menos aún surgió la idea del ataque en los electores que se sen- taban en el Hotel de Ville: Lejos de esto, para impedirlo, para evitar la carnicería que la Bastilla podía hacer tan fácilmente, llegaron hasta pro-

meter al gobernador de la odiada fortaleza que si retiraba los cañones enfilados sobre París, el pueblo no atacaría. Los electores no cometieron la traición de que fueron luego acusados, pero no tenían fe.

¿Quién la tuvo? Aquel que tiene también fervor y fuerza para realizar su fe. ¿Quién? El pueblo. Todo el mundo.

Los ancianos que tuvieron la suerte y la desgracia de presenciar cuanto se hizo en ese medio siglo único, donde todos los siglos parecen refundirse, declaran que cuanto ocurrió grande, nacional, durante la República y el Imperio tuvo carácter parcial, no unánime, y que sólo el 14 de Julio fué el día del pueblo entero. ¡Que perdure como una de las fiestas eternas del género humano, no solamente por haber sido el primero de la libertad, sino por haber sido el más grande en la concordia!

¿Qué sucedió en aquella corta noche en la que nadie durmió, para que á la mañana siguiente todo disentiimiento, toda incertidumbre desapareciesen, mostrándose todos unidos en los mismos pensamientos?

Se conoce lo que se hizo en el Palais-Royal y en el Hotel de Ville; pero lo que es necesario saber es lo que ocurrió en el pueblo.

Por lo que ocurrió después, se adivina que cada uno durante aquella noche formuló en su corazón el juicio definitivo del pasado; antes de herir, cada uno dictó la sentencia de muerte... Aquella noche la historia se aparece á los ojos de todos, una larga historia de sufrimientos, despertando el instinto vengador y justiciero del pueblo. El alma de los padres que durante tantos siglos sufrieron y murieron en silencio, en carna en el alma de los hijos y habla.

Hombres fuertes, hombres pacientes, hasta entonces pacíficos, ^{s-}debíais descargar en aquel día el gran golpe de la Providencia: ¹³no amedrenta vuestro corazón la vista de vuestras familias. Al contrario, mirando vuestros hijos dormidos, cuyo destino y porvenir iban á decidirse en el nuevo día, vuestro pensamiento se ensancha fijo en las generaciones libres que de ellos saldrían. ¡Sentísteis aquel día todo el combate del porvenir!...

El porvenir y el pasado dan la misma respuesta; ambos dicen: ¡Vé!...

Y lo que está fuera del tiempo, fuera del porvenir y fuera del pasado, el derecho inmutable os lo dice también. El inmortal sentimiento de lo justo da nuevo ánimo al agitado corazón del hombre, diciéndole:—Vé tranquilo; ¿qué te importa? ¡De cualquier modo que llegues, muerto ó vencedor, estoy contigo!

¿Qué daño había hecho la Bastilla al pueblo? Los hombres del pueblo no entraron allí jamás... Pero la justicia les hablaba y les hablaba también una voz que conmueve aún más al corazón, la voz de humanidad y de misericordia. Esa voz dulce que parece débil y que hacía diez años había atravesado aquellos pesados muros, fué quien rindió la Bastilla.

Es preciso decirlo: si alguien tiene derecho á la gloria, es aquella

mujer intrépida que durante tanto tiempo trabajó en libertar á Latude contra todas las potencias del mundo. La realeza niega la merced y la nación la otorga; aquella mujer ó héroe fué coronada en una solemnidad pública. Coronar á quien, por decirlo así, había forzado las prisiones de Estado, era ya censurarlas, entregarlas á la execración pública, demolerlas en el corazón y en el deseo de los hombres... Esta mujer fué la primera que tomó á la Bastilla.

Desde entonces el pueblo del barrio y de la ciudad, que pasaba sin cesar bajo la sombra de la Bastilla (1), no dejaba ni una vez de maldecirla. Merecía bien aquel odio. Había otras prisiones, pero la Bastilla era la del despotismo, la de la arbitrariedad caprichosa, la de la inquisición eclesiástica y burocrática. La corte, tan poco religiosa en aquel siglo, había hecho de la Bastilla el domicilio de los espíritus libres, la prisión del pensamiento. Teniendo bajo Luis XVI menos prisioneros, se había hecho su régimen más severo y duro (el paseo de los presos había sido prohibido) y menos justo. Francia se avergonzó al saber que el crimen de uno de los prisioneros había sido ofrecer á nuestra marina un invento útil; ¡se temió que ofreciera el secreto á otros países!

El mundo entero conocía, abominaba la Bastilla. Bastilla y tiranía, eran en todos los idiomas palabras sinónimas. Todas las naciones al conocer la noticia de su ruina se creyeron libertadas.

En Rusia, en ese imperio del misterio y del silencio, en esa bastilla monstruosa colocada entre Europa y Asia, apenas llegó la noticia se vió á hombres de todas las naciones gritar y llorar en las plazas y en las calles; se arrojaban los unos en brazos de los otros, comunicándose la fausta nueva: «¡Cómo no llorar de alegría! *La Bastilla ha sido tomada, derruida* (2).

La mañana misma del gran día el pueblo no tenía armas todavía.

La pólvora tomada la víspera en el Arsenal y que había sido conducida al Hotel de Ville, era distribuida lentamente durante la noche por tres hombres solamente. A las dos de la madrugada cesó la distribución un momento, y la multitud, desesperada, echó abajo las puertas del almacén á martillazos.

¡No tenía fusiles! Iba á ir á tomarlos, á robarlos en los Inválidos. Esto era muy peligroso. Es verdad que los Inválidos era un cuartel sin defensa, una casa abierta, pero el gobernador Sombreuil, viejo y bravo militar, había recibido un destacamento de artillería y algunos cañones, además de los que allí tenía preparados. Por poco que estos cañones sirvieran, la multitud podía ser fácilmente dispersada por los regimientos que Besenval había reunido en la Escuela Militar.

¿Se hubieran negado á pelear aquellos regimientos extranjeros?

(1) «La sombra de la Bastilla llenaba la calle de San Antonio», dice Linguet. Los senadores más convencidos de la Bastilla eran del barrio ó del arrabal de Saint-Paul.

(2) El suceso ha sido narrado por un testigo nada sospechoso, el conde de Segur, embajador en Rusia, que no participaba de aquel entusiasmo: «Esta locura que, aun narrándola, me cuesta trabajo creer, etc.» Segur, *Memorias*, III, 508.

Beserval cree que no. Más bien parece cierto que careciendo de órdenes, Beserval estaba lleno de vacilaciones y como paralizado de espíritu. A

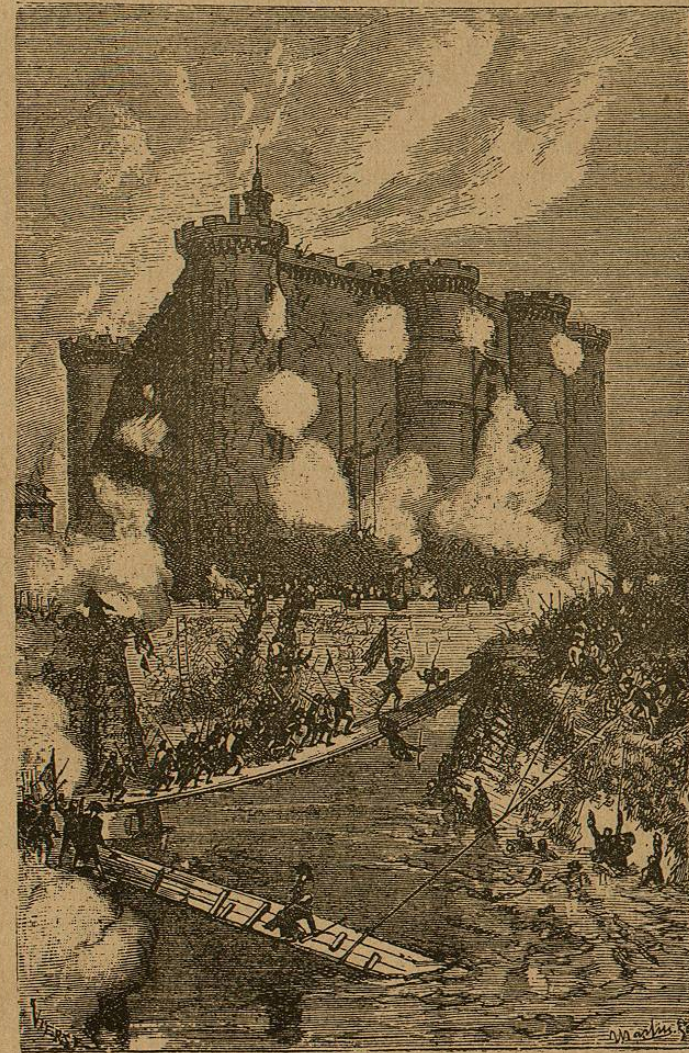


LA VELA DE LAS ARMAS

El pueblo armado paseando las calles la noche anterior á la toma de la Bastilla
(Estampa de la época)

las cinco de la madrugada había recibido una extraña visita. Entró un hombre pálido, encendidos los ojos, la palabra rápida y entrecortada, audaces los ademanes... El viejo Beserval, hablador é impertinente, que

era el oficial más frívolo del antiguo régimen, aunque valiente, le mira absorto: «Señor barón—dice el hombre,—vengo á advertiros que evitéis la resistencia. Los obstáculos serán destruídos hoy (1); estoy seguro



Bajo una lluvia de balas la multitud se lanza y penetra en el primer recinto. (Pág. 146)

de ello y no puedo impedirlo; vos tampoco. No intentéis impedirlo.»
Beserval no tuvo temor, pero el golpe estaba dado y el efecto moral

(1) Estas frases prueban que á las cinco de la madrugada no había formado ningún plan. Aquel hombre que no era del pueblo repetía, al parecer, los rumores del Palais-Royal.—Los utopistas se entretenían desde hacia tiempo en estudiar la utilidad de destruir la Bastilla, formaban planes, etc. Pero la idea heroica, insensata, de tomarla en un día, no pudo nacer más que en el pueblo mismo.